

**P. Benigno (José Pascual) Benabarre Vigo  
(1915-2017)**

«El deseo de morir como los santos» -enseña el p. Royo Marín- «ha de animarnos a vivir como los santos». Este deseo y ánimo es el fondo de nuestra devoción a ellos, y especialmente de nuestra devoción por los mártires, dueños de la más santa de las muertes, la que manifiesta el «amor más grande» (cf. Jn 15, 13), que corona la entrega confiada del corazón durante la vida. Las festividades de los mártires «son, al mismo tiempo, exhortaciones al martirio», según san Agustín (lo cita Pío XI en la *Quas primas*, n. 11), y la exhortación al martirio no consiste tanto, como dice san Juan de la Cruz, en el deseo formal de una determinada «manera de muerte», cuanto en desear «hacer a Dios aquel servicio de mártir y ejercitar el amor por él como mártir» (*Subida del Monte Carmelo* II, 19, 13).

La devoción martirial fue un rasgo fundamental y determinante en la vida del p. Benigno Benabarre, OSB; lo formó en su visión providencial y religiosa de la vida cuando en su juventud le fue posibilidad real suya y realidad de muchos de sus cercanos; le conformó el alma con el paso de los años en el recuerdo y la custodia de los testimonios de sus amigos y maestros; le distinguió en su vida sacerdotal y religiosa; y estimo con argumentos que le habrá acompañado e inspirado los momentos decisivos de su paso al Padre, en los primeros días del pasado mes de marzo de 2017, pronto a sumar 102 años.

El martirio era su tema, y el reconocimiento de los mártires su desvelo. Trabajó como pocos por la glorificación de aquellos que habían tenido parte en sus años de formación, y que habían sido re-

## DIÁLOGO 72

queridos por Jesucristo para el «testimonio entero». Consideraba un don inestimable el haberles conocido y compartido con ellos, pues el contacto íntimo de los testigos le permitía valorar con mayor acierto sus hazañas.

Su vocación la refería siempre al beato León Alesanco, benedictino de Montserrat, que pasó predicando por su pueblo de Aler, en la Ribagorza aragonesa, por la fiesta de Santiago en julio de 1926, y lo motivó a entregarse como hijo de san Benito en el cercano Monasterio de Nuestra Señora de El Pueyo. Contaba 11 años y a su madre le dijeron los monjes que, por entonces, los cupos de niños para las misiones de Australia y para el propio Pueyo estaban cubiertos, por lo que de concretarse la vocación de su hijo, sería destinado tras su formación a las misiones de Filipinas, a las que también se proveía desde los colegios de Ultramar. La madre y el pequeño José Pascual (tal su nombre cristiano) dijeron que sí. Aquella circunstancia fue la que hizo que para el estallido de la persecución religiosa en 1936, Benigno se encontrase fuera de peligro, pues habían sido trasladados todos los destinados a Filipinas a la Abadía de San Julián y Santa Basilia, en Samos (Lugo, Galicia).

De sus años en El Pueyo conservaba recuerdos frescos e imborrables. Allí hizo el Colegio de Humanidades, en el que fue compañero de varios de los futuros mártires, entre los cuales el beato Lorenzo Ibáñez; también el Noviciado y el primero de sus años de filosofía. El beato padre Santiago Pardo fue prefecto suyo en aquel primer año de Seminario; también tuvo como profesor al beato padre Fernando Salinas. Y a casi la totalidad del resto de los mártires los conoció y trató como compañeros de comunidad (a 15 de los 18 beatos mártires de El Pueyo trató personalmente). Había que ver con qué sal recreaba en el propio Monasterio aquellos años, con infinidad de detalles materiales y espirituales.

Para nosotros, los que lo conocimos aquí, ya casi centenario, fue un auténtico gozo constatar que ese amor por sus compañeros y esa

## IN MEMORIAM P. BENIGNO BENABARRE

reverencia por su testimonio no se habían amilanado con el paso del tiempo; antes bien se encendían y arreciaban de frente al fruto máximo en esta tierra que podían alcanzarle sus trabajos: la beatificación de sus amigos. Y al fin la oyó por la radio, porque tuvimos dificultades para llegar a la ceremonia con el grupo de peregrinos de Barbastro, y él no pudo concelebrar aquella Misa que tanto le debía. De todos modos su pensamiento iba por otros caminos: ese día estaba exultante, y sólo tenía palabras de alegría por el triunfo de Cristo en sus mártires. Había bregado tanto porque llegase, decía, que no cabía ni un mínimo pensamiento de tristeza por el no haberlo presenciado. Lo importante para él era que había sucedido.

Y en fin, creo que ese fue el legado de los mártires en él y de él en nosotros: hacer; pero hacer con el amor de los mártires, buscando brindar a Dios un servicio de mártires y ejercicio de amor como le hicieron los mártires. Ese fue el latido del pecho tan español y cristiano, y religioso y sacerdotal, del querido y ejemplar padre Benigno Benabarre. Fue el latido de sus tantos años, que para Dios son como menos de un día, un instante. Como el instante del testimonio. Como el instante de años en que lo dio también él, ya como monje, ya en su años de vida diocesana; ya en España, como en Estados Unidos y Filipinas, su «segunda patria»; ya incluso como alférez de las tropas nacionales (por requerimiento de las autoridades civiles), situación en que lo halló ese 1 de abril de 1939 en que se alcanzaron los objetivos militares de los defensores de España.

De su obra escrita, que es rica y que hizo «a tiempo y a destiempo» (cf. 2 Tim 4, 2), destaco su trabajo sobre los mártires de El Pueyo, *Murieron cual vivieron*, pues fue el resultado de un tiempo de recopilación e investigación y recuerdo, que hoy es imprescindible para quien quiera conocerles. Al cerrar esta obra declaraba él mismo: «Me tomé el trabajo de preparar y escribir este libro a impulsos del amor humano y espiritual -mezclado con un profundo agradecimiento hacia los que fueron mis superiores y profesores- que sentí hacia los 18 mártires podienses mientras conviví con ellos (1926-1932). El

## DIÁLOGO 72

tiempo, lejos de aminorar aquel amor, lo ha aumentado y purificado».

Que Dios le haya concedido al padre Benigno el encuentro con sus compañeros de filas es casi una certeza con la que contamos; que su intercesión nos alcance empeñarnos nosotros también por reverenciar a los mártires es una gracia que pedimos; y que por la mediación y la imitación de los testigos de la fe y de la caridad nos reencontremos con él, con ellos y con su Jefe y Jefe nuestro, Nuestro Señor Jesucristo, es esta una esperanza que albergamos, y que confiamos alcanzar porque Él y nadie más que Él tiene «palabras de vida eterna» (Jn 6, 68).

*P. Juan Manuel del Corazón de Jesús Rossi, IVE  
El Pueyo, España*